

de David (1): *Nuestro Dios está en el cielo, y desde allí gobierna todo el universo con absoluto poder. Por el contrario, los idolos de los gentiles son unos pedazos de oro y plata, obra de las manos de los hombres.* Aun hizo mas impresion que todos los antecedentes este nuevo prodigio, y acudió toda la ciudad á ser testigo de esta maravilla. Corrido el gobernador de no haber salido con su intento, y apurados todos sus artificios, mandó que atasen á la santa á un grueso tronco, y que allí fuese asaeteada hasta que espirase.

Estando en este suplicio, sintió Cristina avivarsele el deseo de poseer cuanto antes en el cielo á aquel Dios por cuyo amor combatia tan gloriosa y tan constantemente en la tierra, y suplicó al Señor le concediese la corona del martirio, por la cual suspiraba con tanta ansia. Fué oida su peticion, y á las primeras flechas que le dispararon rindió su dichoso espíritu al Criador, y fué á recibir el premio debido á tantos combates y á tantos triunfos. Sucedió esta preciosa muerte el día 24 de julio, y desde entonces fué venerada santa Cristina como una de las mas ilustres mártires de la Iglesia. Los cristianos enterraron su cuerpo, que despues fué trasladado de Toscana á Palermo de Sicilia, donde es singularmente venerada nuestra santa como una de las mas principales patronas de la ciudad.

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR.

En el año 1549, diez y seis del pontificado de Paulo III, y treinta y tres del imperio de Carlos V en España, nació en Montilla, villa sita en el obispado de Córdoba, san Francisco Solano, bello ornamento del orden de san Francisco, destinado por Dios para

(1) Psalm. 93.

que desterrase las sombras del error gentilico del hemisferio americano, y difundiese en él la luz de la verdad ortodoxa, llamado por lo mismo con justisima razon sol del orbe peruano. Sus padres, Mateo Sanchez Solano, y Ana Jimenez, muy distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, procuraron con el mayor esmero dar al niño una educacion cristiana. Pero como se hallaba asistido con los mas especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecia obrar mas que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos: su natural dulce, afable y benéfico, su corazon noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, su inclinacion natural á la virtud, con una aficion muy particular al retiro, la distraccion total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialisima devocion que profesaba á la santisima Virgen, con cuyo escudo, con la modestia, mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponia la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Instruido en los primeros rudimentos, le aplicaron á los estudios en el colegio de la Compañia de Jesus de su patria; y como se hallaba dotado de un vivo y perspicaz ingenio, acompañado de una madurez de juicio muy superior á sus años, en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias; y se concilió el amor de sus maestros con el de sus condiscípulos, mirando todos en él un modelo de todas las virtudes cristianas. Distinguióse ya en aquella corta edad en la particular gracia de componer las discordias, en virtud del amor que manifestó desde luego á la paz, tan recomendada por Jesucristo. Persuadido Francisco

que el tiempo de los estudios entibia de ordinario al fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con precauciones piadosas, á saber, con la frecuencia de sacramentos, continua oracion, rigidas penitencias, valiéndose, para macerar su cuerpo en las horas que dejaba el estudio, de la industria de cavar en un huerto de su padre, recreando el ánimo con cánticos devotos, por cuyo medio elevaba á Dios sus cordiales afectos.

Aunque nuestro santo tenia grandes talentos, y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvacion eterna, tuyo para él mas atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfeccion en la soledad del claustro, y siguiendo vocacion tan acertada, vistió el hábito de la regular observancia Franciscana en el convento de recoleccion de su mismo pueblo, en el año 1569, cuando contaba veinte de edad.

Apenas vistió el sayal de los menores, comenzó Francisco á manifestar á todo el claustro las virtudes de que ya en el siglo habia dado tan evidentes pruebas. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su angélica pureza, su modestia singular, su continuo silencio y extraordinarias mortificaciones, además de las que por constitucion se practican en la observancia recoleta, hicieron conocer á todos los religiosos el fervoroso zelo y el veloz curso con que corria, sin volaba el novicio, en el camino de la perfeccion. Crucificaba su carne con sangrientas disciplinas y rigurosos ayunos, mostrándose tan admirable en la abstinencia, que, excepto las fiestas solemnes, y esto por precepto de su maestro, no comía carne, pescado, ni lacteinos: en los viernes no probaba manjar al

guno cocido: en la cuaresma y en las ferias segunda, cuarta y sexta de la semana solo usaba de pan y agua. Además de esto, traía debajo del hábito un áspero cilicio asido á su delicado cuerpo, al que daba un brevísimo descanso en un durísimo lecho, con un leño por cabecera. Persuadido que á todas estas mortificaciones y otras virtudes monásticas daría el lleno que apetecía el ejercicio que facilita el comercio con Dios, se entregó de tal modo á la oracion, que, no satisfecho con las horas que invertía la comunidad en ella, cuando descansaba esta, despues de disciplinarse cruelmente, pasaba muchas noches hasta romper el dia anegado en dulces contemplaciones.

Hizo su solemne profesion con las debidas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del Seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original. Siendo ya profeso, no dejó las virtudes que comenzó en el noviciado, antes bien las perfeccionó en el discurso de su religiosa carrera, sin que jamás en él se disminuyese el fervor con que la emprendió. Envióle la obediencia á estudiar filosofia en el convento de Santa María de Loreto de la misma recoleccion, y aunque en él habia sobrantes celdas, hizo para si una pobre y humilde habitacion de cañas en un ángulo cerca de las campanas, donde pasaba los dias y las noches alternando en el estudio y en la oracion, por medio de la cual, mas que por su aplicacion, adelantó maravillosamente en las ciencias. La misma práctica observó en el estudio de la sagrada teología, logrando por estos medios dejarse ver á un mismo tiempo docto, santo, sabio y perfecto.

Recibió el santo el orden sacerdotal en virtud de un precepto expreso de su superior, que le dió al ver su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno de ella. Celebró el primer sacrificio en el dia del Seráfico Patriarca con tanta ternura, con

tanta devoción y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su corazón para con aquel Señor que ofrecia al Eterno Padre. Descubrió una dulce, clara y sonora voz, y creyéndole á propósito para vicario de coro, desempeñó el empleo con la puntualidad, zelo y vigilancia que exige la celebracion de los oficios divinos. No le detuvo la religion mucho tiempo en aquel ministerio, pues persuadida que el espíritu de Francisco con su fervor alentaria á otros á que con él emprendiesen la carrera de la perfeccion, le destinó la obediencia para maestro de novicios al convento de Arizafato, no muy distante de la ciudad de Córdoba. Convencido que el ejemplo es leccion mas eficaz que las palabras para excitar á los jóvenes, siguiendo esta idea, renovó con nuevo aliento los santos ejercicios de oracion y mortificaciones en términos, que á la vista de un tan expresivo espejo, trabajaban sin pereza los novicios en adquirir la perfeccion á que eran llamados. Pasó con el mismo oficio al convento de san Francisco del Monte, sito en las montañas de Córdoba, muy proporcionado por el retiro del comercio del siglo para la quietud que el santo apetecia. Entregóse de tal modo á la contemplacion de las verdades eternas, que llegó al alto grado de la mas íntima union con Dios. Con no menos fervor redobló sus penitencias, moviéndole el deseo de imitar á su Seráfico Patriarca á arrojarse en una ocasion desnudo á un monton de espinas, revolcándose en ellas hasta herir enteramente su cuerpo.

Hicieronle guardian del mismo convento á pesar de su humilde resistencia; viéndose en el empleo de superior, aplicó todo su esfuerzo á conservar en su rigor primitivo la regla de san Francisco, siendo el primero que salia con la alforja á pedir de puerta en puerta como verdadero mendicante. Sus ayunos,

vigilias, perpetua asistencia al coro y asombrosas penitencias, eran las lecciones con que instruía á sus súbditos, portándose con todos con tanta afabilidad y tan admirable discrecion, que los reducía gustosísimos al yugo de la obediencia; de suerte que, esmerándose cada cual en imitar á su santo padre, vino á ser el convento un seminario de santidad, y una voluntaria cárcel de reclusion, llegando á ser el asunto de la admiracion y la materia de los mas altos elogios. El vasto y apostólico zelo de Francisco no podía estrecharse dentro de los muros del monasterio. Habiéndole dotado el cielo de un talento extraordinario y singular elocuencia, salía por las poblaciones inmediatas á predicar la palabra de Dios, haciendo portentosas conversiones, volviendo de no pocas de ellas, concluida la mision, en ayunas al convento, en observancia de la ley de abstinencia que se impuso quando novicio.

Ofendia tanto á la profunda humildad de Francisco la estimacion que hacian todos de su persona, á pesar de las industrias de que se valia para disminuir este general concepto, que, agregados á este sentimiento los vivísimos deseos de padecer el martirio, pidió repetidas veces licencia á sus superiores para pasar al Africa á anunciar á los infieles la fe de Jesucristo; pero aunque se la negaron siempre, no desistió de su propósito. Mandó el rey Felipe II á los preladados de la religion de san Francisco que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro santo ser esta la ocasion favorable para cumplir sus deseos, partió con los misioneros apostólicos á las regiones de América.

Seria necesaria una larga relacion si se hubieran de citar individualmente los prodigios que en la navegacion obró Francisco en favor de los navegantes y de los pueblos por donde hizo tránsito. Basta decir

que, interesado el cielo en recomendar la santidad de su siervo fiel, fué su viaje un itinerario de portentos. Arribó á Lima, y de allí dirigió su rumbo á las vastas provincias de Tucuman, para satisfacer el zelo apostólico que ardía en su corazón por la salvacion de las almas. Setecientas leguas caminó á pié por lugares incultos, ásperos y escabrosos, por rápidos y profundos rios, y por millones de peligros hasta llegar á aquellas regiones bárbaras, en que hacia poco tiempo que habia comenzado á brillar la luz de la fe, en virtud de la predicacion de fray Alonso de San Buenaventura, observante de la provincia de Andalucia, y de fray Luis de Bolaños. Para estos países dilatados recibió nuestro santo la mision como los apóstoles: con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo, con la misma sed de padecer, con el mismo fervor, con el mismo ardor y con el mismo zelo entró en aquellas islas desiertas, y en aquellos pueblos idiotas, que no le ofrecian en toda su extension sino hambre, sed, infinitos trabajos, persecuciones y evidentes riesgos de perder la vida; pero no acobardaron la valentía de su espíritu, antes bien excitaron de nuevo al zeloso operario del padre de familias á que emplease su actividad en el cultivo de aquella montuosa viña, que vino á ser por su infatigable ardor una de las posesiones mas floridas de la Iglesia. Seria necesario un volumen entero para referir una parte de sus trabajos, de las conversiones y de los prodigios que obró este santo apóstol en aquel vasto mundo.

Comenzó su mision; y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oracion la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces postrado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros. Consideró preciso instruirse en los difícilísimos idio-

mas de aquellas gentes, y lo consiguió perfectamente por medios mas divinos que humanos. A la verdad fué cosa digna de admiracion, el que en el corto tiempo de quince dias supiese aquellas confusas y varias lenguas, lo que atribuyeron los bárbaros á arte mágica antes de conocer la eficacia de la divina gracia.

Con este indispensable requisito, animado de aquel santo zelo que constituye el carácter de los varones apostólicos, corria por todas aquellas regiones sin temor á la muerte, llevando hasta las mas remotas la verdad evangélica. No perdonaba trabajo ni fatiga para sacar de las garras del lobo infernal las errantes ovejas; á todos trataba benignamente, los consolaba con dulcísimas palabras en sus aflicciones, los aliviaba en sus miserias, los asistia en las enfermedades, administrándoles por sí los alimentos y medicamentos; su mansedumbre, su caridad, sus modales agradables, y su modestia ganaban los corazones de todos; la fuerza y unción de sus palabras convertian á los mas rebeldes, y su conocida santidad convertia á los pueblos mas indómitos; en fin, sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres, el uso de los sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas aquellas regiones bárbaras.

Además de tan recomendables prendas, daba á su mision la mayor eficacia el ejemplo de su vida admirable, el desinterés apostólico, la vileza de su hábito, la parsimonia de su comida, el rigor de sus ayunos, la austeridad de sus penitencias, y la liberalidad con que invertia en socorro de los pobres cuanto adquiria en el ministerio. Es cierto que, para mas crédito de la santidad de Francisco, recomendó Dios con muchos milagros en favor de aquellos naturales la verdad de la doctrina que predicaba.

En cierta ocasion, estando celebrando los oficios

divinos en el Jueves Santo, acometió á los fieles una numerosa tropa de bárbaros, amenazándolos con la muerte. Atemorizó el inopinado suceso á los católicos, y saliendo Francisco de la iglesia, sin otras armas que las de la divina palabra, les habló con tal valor y con tal fuerza, que, aterrados al oír su voz los enemigos, habiendo oído su predicacion, se convirtieron á la fe mas de nueve mil de ellos, y con tan repentina mutacion, que muchos de los mismos asistieron á los oficios divinos en la misma noche. Creció desde entonces tanto la fama del siervo de Dios entre aquellas gentes, que concurrían innumerables á oír sus sermones, entendiéndolos todas en su propio idioma, aunque Francisco hablaba en su lengua; y convencidos de sus discursos, depuesta la ferocidad, se sometían gustosos á la ley del Evangelio. En fin, creció tanto la estimacion del santo apóstol entre aquellos bárbaros, que lo que no podia conseguir el rigor de la justicia, ni el temor de las penas, lo lograba Solano solo con el imperio de su voz, á la que obedecían ciegamente.

Celebróse capitulo provincial en Játiva por aquel tiempo, en el que el santo fué electo custodio de la provincia de Tucuman, á pesar de sus ruegos, confesándose indigno para el empleo. En la visita que hizo de aquellos conventos, en cuya expedicion padeció muchos trabajos, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que la religion tenia formado de su virtud, á la que se debió una reforma general del claustro. Relevado del cargo en fuerza de sus instancias, se le mandó por obediencia presidiese á la recoleccion que poco antes se habia fundado en Lima. Hizolo Francisco, y fué tal el sentimiento de los Indios de Tucuman, que no omitieron súplicas, ni diligencias para que los superiores no separasen de ellos al que veneraban como á su apóstol, y amaban como á su padre.

Hiciéronle vicario y prefecto del convento de Santa Maria de los Angeles de Lima; y no cesaron sus ruegos hasta que le exoneró la religion de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad y en los contornos con su acostumbrado zelo, ya predicando, ya confesando, ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un crucifijo en la mano á declamar contra los vicios: no pocas veces animado del divino espíritu, entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movía á todos á un verdadero arrepentimiento. Tambien se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendía el fervor de las esposas de Jesucristo á que aspirasen á la perfeccion de su estado. Aunque en estas funciones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia; con todo penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver los pecados y escándalos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos con que en otro tiempo amenazó á Nínive, impelido de un superior impulso salió en una ocasion del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios predominantes en la ciudad, que, alegando en confirmacion de su doctrina con propiedad y discrecion varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destruccion de los pueblos por sus vicios, entendidas estas como profecia de la subversion de Lima, bajo el concepto que se tenia formado de la santidad de Francisco, fué tal la conmocion y terror que causó el sermón á los ciudadanos, que, imitando

el ejemplo de los Ninivitas á la voz de Jonás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes de uno y otro clero de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oír las confesiones de los pecadores arrependidos.

La materia y estilo de sus fructuosas predicaciones los sacaba Francisco de la oracion; y de las fuentes de las santas Escrituras deducía las saludables aguas con que regaba la tierra estéril: por lo mismo producía siempre frutos abundantísimos de admirables conversiones, compuncion, suspiros, lágrimas y sollozos hasta de los mas endurecidos pecadores, irresistibles á la fuerza de sus discursos y á su apostólico zelo. Muchas veces cuando explicaba los divinos misterios, se arrebatava en dulces éxtasis, y derriéndose otras en la consideracion de ellos, le faltaba la voz, y supliendo por las palabras sus agradables suspensiones, su silencio en semejantes casos conmovia mas á los oyentes.

Parecia regular que las incesantes fatigas de sus apostólicas expediciones le dispensasen de las mortificaciones; pero ni estas, ni las muchas enfermedades que contrajo en ellas, fueron jamás bastantes para que aflojase en la práctica de sus rígidos ayunos, ni de sus asombrosas penitencias, que se hacian increíbles, atendida la debilidad de su cuerpo. A la verdad causaba admiracion verle correr por tantas provincias á pié descalzo en las estaciones mas rigorosas del invierno y del verano, sin comer ni beber en muchas leguas, mantenido únicamente con el zelo de la salvacion de las almas, llegando su abstinencia á tal extremo, que se creyó con razon vivia milagrosamente. Añadia á esto todas las noches duras y sangrientas disciplinas con que crucificaba su carne, cuyas llagas hacia mas penosas el áspero cilicio que jamás separó de ella.

Todo este fervor y toda esta sed insaciable por la salvacion de almas provenia del encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado su corazon, el cual le hacia prorumpir en suspiros y tiernos ecos, bastándole oír hablar del sumo bien, ó poner los ojos en el cielo para quedar trasportado en admirables éxtasis. Aunque todos y cada uno de los misterios de nuestro Redentor eran objetos de su cordial dileccion, se distinguió especialmente en la particular devocion al Señor sacramentado, siendo muchas las pruebas que dió de este afecto en presencia de la Eucaristía. En los rayos de luz que despedia su rostro, y en las abundantes lágrimas que derramaba cuando celebraba el santo sacrificio de la misa, daba bien á entender el volcan que ardia en su pecho. En una ocasion, hallándose custodio de la provincia de Tucuman, yendo en la procesion del Corpus, no pudiendo contener el amor del Señor interiormente, además de los dulces cánticos con que elogiaba al Sacramento, comenzó á saltar entre los Indios fuera de sí, como otro David delante del arca del testamento, cuyo espectáculo movió á una profunda veneracion á los asistentes. No era menor la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen: solo con oír su dulce nombre se llenaba su espíritu de gozo y complacencia, explicando su afecto con suaves cánticos, misteriosos versos y oraciones fervorosas. A esta Soberana Reina eligió por patrona de todas sus expediciones apostólicas, aplicando en ellas toda su actividad á promover su culto y su gloria, confesando ingenuamente que las alabanzas de esta Señora eran el alivio en sus trabajos, el consuelo en sus aflicciones, el refrigerio en sus tribulaciones, y la causa de su felicidad en todas sus empresas.

En fin, quiso Dios premiar los trabajos de Francisco; y aunque toda su vida fué una cruz y un martirio con-

tinuo, con todo para que adquiriese mas merecimientos, permitió que dos meses antes de su feliz tránsito sintiese unos dolores agudos, acompañados de una calentura ardiente, bien que en todo el curso de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio que se mantuviesen en la ventana de su celda unas avecillas, inseparables de ella por mas ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenia á la vista un crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligia en tiempo que no podia con sus propias manos castigarse segun su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oracion, que fué siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, pero no interrumpida en momento alguno; dejándose ver en los últimos dias de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que, olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecia que ya conversaba entre los ángeles, sin permitir que en su presencia se suscitase conversacion alguna que no fuese de Dios, ó manifestando deseos de que se hiciese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el viático diez dias antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno, el que recibiese á semejante huésped. Dijo á los religiosos, temerosos que falleciese de un momento á otro por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriría hasta el dia de san Buenaventura, á quien profesó siempre una devocion particularísima. Con efecto en el mismo dia, al tiempo de hacer senal la campana á la elevacion de la hostia y cáliz, mirando al crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, trasportado en un gozo celestial, ió apaciblemente su espiritu al Criador en el dia 24

de julio del año 1610, á los sesenta y uno de su edad.

Luego que espiró, quiso Dios acreditar la santidad de su siervo con una multitud de prodigios, y hasta en los síntomas de su cuerpo: este, que por las largas y difíciles peregrinaciones estaba seco y negro, de repente apareció lleno, blanco y hermoso, con el rostro tan sereno, como si estuviese en un dulce sueño, despidiendo un olor fragantísimo: sus ojos, que cerró siempre con una perpetua mortificacion, se dejaron ver brillantes con un resplandor extraordinario; y su carne comprimida á fuerza de las intemperies, se notó con un color y calor natural como si estuviese en lo mas florido de sus años. Tuvieron los religiosos algunos dias en el féretro el venerable cadáver para satisfacer la devocion de las innumerables gentes que concurrieron á tributarle obsequios; y con una pompa jamás vista en Indias, digna de compararse con las demostraciones de los mayores triunfos, depositado en una arca, le dieron sepultura en su convento.

La fama pública de su santidad, y la continuacion de prodigios que cada dia se dignaba obrar el Señor por la intercesion de su siervo, le hicieron venerar desde luego por santo; pero como faltaba la aprobacion de la santa sede para autorizar este concepto, en nombre de la ciudad y senado de Lima, á cuyas súplicas se unieron todas las de las ciudades del Perú y de la religion franciscana, se instó á la santidad de Urbano VIII para la beatificacion y canonizacion de Solano. Este papa despachó las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos; y resultando de ellos justificado plenamente el heroismo de las virtudes de nuestro santo, con multitud de milagros auténticos, que recopiló del mismo proceso en un libro fray Toribio Navarro, minorista, no teniendo

en que detenerse la sagrada congregacion, le declaró beato el papa Clemente X, el día 25 de enero del año 1675; y le canonizó despues Benedicto XIII, en 27 de diciembre de 1726.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Viena, Santiago, apóstol.

En Tur en Toscana, junto al lago Bolseno, santa Cristina, virgen y mártir, que, despues de haber abrazado la religion de Jesucristo, hizo pedazos los ídolos de oro y de plata de su padre, y los dió á los pobres. Por órden de este, fué desgarrada á varazos, cruelmente atormentada con otros suplicios, y arrojada á un lago con una piedra al cuello; pero un ángel la sacó de las aguas. En lo sucesivo sufrió constante tormentos todavia mas crueles bajo otro juez sucesor de su padre; y por último de órden del presidente Juliano fué echada en una fragua ardiendo, donde vivió intacta cinco días, habiendo vencido por el poder de Jesucristo las serpientes á que fué expuesta. Consumó su martirio viéndose arrancar la lengua y asaelear.

En Roma en la via Tivolina, san Vicente, mártir.

En San Vitorino en el Abruzo ulterior, el martirio de ochenta y tres soldados.

En Mérida en España, san Víctor, militar, el cual consumó su glorioso martirio con diferentes géneros de suplicios, en compañía de sus dos hermanos Estercacio y Antinogeno.

En Licia, santa Aniceta y santa Aquilina, mártires, que, habiéndose convertido oyendo predicar al mártir san Cristóforo, ganaron la palma del martirio dejándose cortar la cabeza.

Allí mismo, san Meneo y san Capiton, mártires.

En Sens, san Ursicino, obispo y confesor.

En Mans san Pvasio, tercer obispo de aquella ciudad.

Cerca de Lila en el Tarne entre Gaillac y Rabasteins, santa Sigulena, viuda y abadesa, cuyo cuerpo es venerado en Albi en la iglesia metropolitana de Santa Cecilia.

En Sajonia, santa Gerburga, virgen, segunda abadesa de la abadía de Gandersheim.

En Volinia, san Boriso, príncipe de Quiovia, tio paterno de Ana de Rusia, mujer de Henrique I, rey de Francia, á quien su hermano Zuentopele mató alevosamente.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam n obis, quæsumus, Domine, beata Christina, virgo et martyr imploret, quæ tibi grata semper exstitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada virgen y mártir Cristina, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 51 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia XX, pág. 477.

NOTA.

« Esta epistola, como ya queda dicho, se sacó del » último capítulo del Eclesiástico, en el cual Jesus, » hijo de Sirach, autor de dicho libro, da gracias » á Dios por haberle sacado de muchos peligros en » que se vió. Ninguna cosa es más adaptable á las » santas virgenes y mártires que el contenido de este » capítulo, y por eso se le aplica con tanta razon la » santa Iglesia. »

REFLEXIONES.

Todos fuimos criados para el cielo, donde el Señor nos preparó á todos un lugar. ¿Qué priesa nos damos,